



FE, ESPERANZA Y AMOR EN UNA IGLESIA QUE SUFRE.

LA IGLESIA DE CENTROAMERICA,
DESPUES DE PUEBLA.

César Jerez

Traducimos la conferencia tenida en el "Catholic Institute for International Relations", Londres, el 19 de Junio, 1980. En ella se describe con breves, pero certeros rasgos la situación de la Iglesia en nuestros países, y se agradece la solidaridad mostrada por hermanos de otras latitudes, al mismo tiempo que se les proponen tareas concretas para ayudar desde la fe que compartimos.

Para muchos grupos de Iglesia, Puebla no añadió nada especialmente nuevo a lo ya expresado en Medellín. Muchos cristianos ya habían hecho una opción preferencial por los pobres mucho antes que esta tercera Conferencia Episcopal. Lo que hizo Puebla fue fortalecer esta opción, dándole un carácter de urgencia lo mismo que a la necesidad de una liberación integral. Como afirma el documento final:

"La Conferencia de Medellín apuntaba ya, hace poco más de diez años, la comprobación de este hecho: Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte. (Pobreza de la Iglesia, 2). El clamor pudo haber parecido sordo en ese entonces. Ahora es claro, creciente, impetuoso, y, en ocasiones, amenazante." (No. 88-89)

La situación en la cual la Iglesia de Centro América vive y trabaja hoy corresponde muy bien a esta descripción. La situación socio-política en el área es explosiva. Cual -- quier análisis de la Iglesia allá tiene que tomar seriamente en cuenta este dato brutal. Y la misión de la Iglesia, tiene que ser juzgada de acuerdo a la manera como la Iglesia está respondiendo a este desafío.

En este discurso analizaremos brevemente la situación de la Iglesia, sus logros y sus fracasos, en tres países importantes: Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Pero antes de hacer esto, trataremos de reunir el conjunto de problemas comunes a estos tres países e Iglesias, aunque --como es muy bien sabido-- la situación política y la respuesta de la Iglesia varían de un país a otro.

Cualquier análisis de la acción de la Iglesia tiene que comenzar con el reconocimiento de la situación trágica de estos países, una realidad que desborda la imaginación de quienes no tienen conocimiento de primera mano de la miseria y represión que caracterizan la vida diaria de la mayoría de los centroamericanos. El primer hecho que se debe resaltar es los "nuevos" ojos con que la Iglesia mira al mundo. Tan sencillo como puede sonar, es una manifestación suprema de la Gracia de Dios que la Iglesia haya sido capacitada para "ver" lo que siempre ha estado presente, pero ahora con ojos nuevos. Es una Gracia de Dios a la cual los Obispos en Puebla se refirieron. Dijeron que era una situación de pobreza, miseria, explotación y pecado.

A esta miseria extrema hay que sumar la increíble represión a que la gente está sujeta, ya sea selectivamente o, a veces, a través de lo que sólo puede ser llamado genocidio,. "Asesinatos, desapariciones, prisiones arbitrarias, actos de terrorismo, secuestros y torturas continentalmente extendidas, demuestran un total irrespeto por la dignidad de la persona humana." (No. 1262)

Semejante miseria y represión no son puros accidentes de la condición humana ni simplemente las consecuencias de la falta de recursos naturales. Tienen raíces históricas, solidificadas en las estructuras del capitalismo y defendidas por

los regímenes de seguridad nacional. La pobreza y represión son por tanto consecuencias inevitables de una forma específica de sociedad.

Estos hechos bien conocidos y las reflexiones subyacentes sobre su origen han transformado la Iglesia en Centro América. Esta situación es "el" escándalo, la más profunda contradicción con la fe cristiana, es simplemente "el" pecado del mundo, porque no hay mayor ofensa a Dios que matar a los hijos de Dios: ya sea a través de la lenta acción de las estructuras injustas o a través de la violencia de la represión. La creación de Dios no existe en Centro América como El la desea. La fe en Dios tiene que pasar a través de la negación total del pecado. Si la fe en Dios no ha de ser alienante, ni vana, e incluso blasfema, ha de tomar en cuenta la primera palabra que Dios pronuncia sobre este mundo pecador: "es pecado". El pecado mortal reina sobre Centro América. Y es verdaderamente "mortal" porque causa de hecho y no metafóricamente la muerte.

Al alcanzar esta sencilla comprensión bíblica, la Iglesia ha sufrido un proceso de cambio y conversión, unificando el núcleo de la experiencia de fe y la experiencia de ser una Iglesia centroamericana.

Paralelamente a este descubrimiento, la Iglesia ha redescubierto el mensaje central de los profetas y, sobre todo, el de Jesús de Nazaret. "El reino pertenece a los pobres". Cuál es realmente la Buena Noticia de Dios, ha de ser descubierto desde el punto de vista de, y en solidaridad con los pobres, cuyos rostros concretos y no imaginarios hemos descrito.

Esta Iglesia fiel a Medellín y Puebla, también tiene sus problemas y sus fallas. Particularmente importante es que esta nueva forma de ser Iglesia ha significado también una división dentro de la Iglesia. Entre los cristianos, especialmente de las clases ricas, entre algunos sacerdotes y religiosos y religiosas y entre algunos Obispos, hay quienes tácita o abiertamente defienden la injusticia, se alían con los opresores y quisieran hacer retroceder a la Iglesia a la

época de los privilegios, buenas relaciones con los gobiernos e influencia con las clases gobernantes.

En suma les gustaría hacer reversible a Medellín. Ven a los pobres como individuos pasivos a quienes la Iglesia ayuda paternalísticamente; quisieran que la Iglesia se retirara de las situaciones reales y conflictivas en nombre de una mal entendida trascendencia de la fe; quisieran una acción liberadora de la Iglesia sin pasar a través del proceso de Jesús "encarnación, denuncia del pecado, cargar con el pecado del mundo y crucifixión." Quisieran una resurrección sin una cruz, una sociedad sin conflictos, una liberación sin lucha. La influencia de algunos Nuncios y de algunas de las políticas provenientes del Vaticano parecen favorecer la búsqueda de un camino medio, pero que con frecuencia apoya efectivamente a quienes se oponen a la Iglesia de los pobres.

Estos rasgos comunes, los logros, fallas y problemas son los que queremos ahora presentar brevemente tal como en concreto se dan en Guatemala, El Salvador y Nicaragua.

La Iglesia Guatemalteca

El triunfo de la nueva burguesía cafetalera guatemalteca en la última parte del siglo diez y nueve abrió una brecha entre Iglesia y Estado. El anticlericalismo se convirtió en la cobertura ideológica necesaria para justificar la expropiación de la propiedad de la Iglesia y utilizarla como tierra de café para la acumulación de capital. La Iglesia fue acusada de oponerse al progreso. Arzobispos de Guatemala fueron exilados y órdenes religiosas fueron expulsadas. Menciono todos estos antecedentes históricos para poder señalar una consecuencia seria de ellos: la falta crónica de clero indígena y de mujeres y hombres consagrados a la vida religiosa, que se prolongó durante casi toda la primera mitad de este siglo.

En 1944 los vientos de la democracia soplaron en Guatemala. Una revolución que comenzó con un simple derrocamiento de un dictador, se convirtió con el tiempo en un proyecto para

remediar las más encandalosas injusticias cometidas en contra de los campesinos y obreros, especialmente de los indígenas, así como un proyecto de modernización capitalista, de independencia económica con respecto de los Estados Unidos, y de no alineamiento internacional.

Al mismo tiempo una nueva tolerancia ideológica desplegada por el gobierno resultó en el primer aflujo de sacerdotes y órdenes religiosas extranjeras para aliviar la escasez de vocaciones locales.

Como ustedes saben este proyecto democrático fue brutalmente truncado con un golpe de estado inspirado y ayudado por las políticas anti-comunistas de John Foster Dulles. El espíritu de la guerra fría transformó una aventura nacional en un peligro comunista intolerable para el mundo libre. Diez años de esperanza para los guatemaltecos fueron frustrados en unos pocos días de abuso del poder.

La Iglesia fue un elemento importante en el retorno al pasado. El Arzobispo de Guatemala, entonces un verdadero líder a la manera del Papa Pío XII, se unió al clamor en contra del comunismo. Esto no es irrelevante puesto que el gobierno contra-revolucionario instalado en 1954 se mostró rápidamente no sólo tolerante, sino incluso favorable a la llegada tanto de sacerdotes diocesanos como de religiosos y religiosas extranjeros. Así el renacimiento de la evangelización Católica llevaba la marca de un anticomunismo militante, que estaba destinado a jugar un papel importante como obstáculo a la denuncia cristiana de aquellas condiciones sociales y políticas que estaban en flagrante contradicción con la fe cristiana.

Sin embargo el anticomunismo no fue el único rasgo distintivo de este renacimiento. Con inmensa generosidad, las órdenes religiosas y muchos sacerdotes diocesanos no se quedaron en las relativamente cómodas ciudades principales, por el contrario aceptaron y aun buscaron lugares pastorales en las regiones más pobres y más explotadas de Guatemala. Allí redescubrieron el verdadero rostro de los guatemaltecos. Mientras que los sucesivos gobiernos contra-revolucionarios

respondían a cada descontento y protesta popular con reformas superficiales e ineficaces y con extensa y cruel represión, la Iglesia por medio de sus trabajadores pastorales , contribuyó a poner en movimiento una lenta marcha hacia una toma de conciencia de las injustas condiciones de vida infligidas a la vasta mayoría de los guatemaltecos.

Las décadas de los sesenta y setenta, fueron años de increíble violencia en Guatemala.

Un creciente número de personas trataron de resistir la sumisión y de subvertir el sistema de explotación económica , que a medida que se desarrollaba, explotaba progresivamente a más amplias mayorías de la población. Se estima que más de veinte mil personas han sido las víctimas de esta terrible violencia, la mayor parte de ella debida a la represión gubernamental. La Iglesia ha sido testigo de todos estos disturbios.. La inexpresable crueldad empleada para imponer el sistema dominante se suma a la experiencia cotidiana de la gente de iglesia viendo a los pobres de Guatemala despojados de sus tierras, con salarios de hambre, privados de atención médica para sus niños, discriminados por su origen étnico y siendo continuamente burlados en su derecho a participar en las decisiones políticas.

Sacerdotes, religiosos y religiosas, así como laicos comprometidos, han intentado muchas formas de promoción humana. En el curso de su diaria tarea muchos han aprendido la amarga lección de o ser llamados comunistas o probar la ineficacia de un trabajo de esa índole, que se pierde en la asfixiante red de explotación y opresión sistemáticas.

El espíritu de Medellín ha tenido un influjo muy grande en los varios esfuerzos de renovación teológica y pastoral, a la cual la conferencia de religiosos ha contribuido en gran manera. Sin embargo, una de las tareas urgentes encomendadas por Medellín a la Iglesia, es a saber, la denuncia cristiana a la injusticia, ha sido dejada de lado por muchos de los trabajadores pastorales debido a su condición de extranjeros y estar por ello sujetos a la arbitrariedad de las autoridades, tanto seculares como eclesiales, con respecto a sus permisos de residencia. Sin embargo durante la década-

de los setenta, un creciente número de trabajadores pastorales de extracción extranjera se han atrevido a correr el riesgo de predicar la verdad del evangelio con un sentido de lo que significa para la presente realidad de la Guatemala de hoy.

Desgraciadamente la Iglesia de Guatemala ha carecido de un liderazgo episcopal claro y decisivo. La única carta pastoral significativa fue escrita en lo que siguió al terrible terremoto de 1976, que mostró al desnudo la violenta estructura del injusto sistema impuesto sobre los guatemaltecos. Para la mayoría de los guatemaltecos esta carta, demostrando así qué profundamente puede calar en esta torturada tierra la palabra auténticamente cristiana, fue un brote de esperanza. El "establishment" económico y político de Guatemala denunció con enojo a los Obispos por haber publicado una carta tal.

Del año 1976 en adelante, sectores de la Iglesia guatemalteca se han ido poniendo cada vez más al lado de los pobres, que, a medida que la opresión se ha ido haciendo más inmisericorde, se han ido volviendo más rebeldes y desafiantes, abriendo con ello nuevos caminos a su propia liberación. En estas circunstancias, el viejo anticlericalismo de la burguesía guatemalteca y los militares vuelve a florecer. Primeras amenazas, intimidación, expulsión del personal eclesástico extranjero.

En el año 1978 se da otro caso. El Padre Hermógenes López, sacerdote diocesano, fue asesinado por negarse a retroceder en su denuncia de la injusticia. Su tumba se ha convertido en lugar de peregrinación para los pobres de Guatemala.

Durante los primeros seis meses de 1980 el gobierno ha centrado la represión contra aquel sector de la Iglesia guatemalteca que abiertamente ha tomado posición a favor de los oprimidos y se ha atrevido a denunciar el pecado estructural. Una campaña de prensa con calumnias, amenazas de muerte fue lanzada en contra de los jesuitas debido a un comunicado público que creímos conveniente dar a luz en vista del prolongado silencio de la jerarquía. La salvaje represión de los pacíficos ocupantes de la Embajada de España, 15 días des --

pués de nuestro manifiesto, confirmó nuestro punto de vista. Comienzan a aparecer listas negras en nombre de organizaciones clandestinas tras las que se ocultan las fuerzas de seguridad del Estado.

Durante el mes de Mayo desapareció un sacerdote y otro fue asesinado; ambos pertenecientes a la Congregación de los Padres Belgas Misioneros de Scheut. Uno de ellos era belga, el otro filipino. Pareciera que el asesinato del Arzobispo Romero en El Salvador hubiera levantado toda medida en lo que se refiere a la represión contra la Iglesia. Además la casa parroquial de la ciudad de Uspantán, en el departamento indígena del Quiché, fue ametrallada por más de un cuarto de hora. El 4 de Junio otro misionero, el Padre José María Gran, fue asesinado. Esta última semana los Obispos guatemaltecos han publicado una declaración sobre la actual situación.

Ha comenzado la Pasión de la Iglesia de Guatemala. Es una participación en la pasión de los pobres de Guatemala. El bien atrincherado "establishment" no permite ninguna voz discordante, con una campaña que atribuye todos los males de Guatemala a la conspiración comunista. Es poco probable que la voz de la Iglesia se ponga a la altura exigida por el presente reto, si es que sigue contentándose, como hasta ahora, con una opaca denuncia de la violencia venga de donde venga.

Entre tanto las fuerzas más razonables y racionales de afiliación democrática y organizaciones populares de trabajadores y campesinos han unido su esfuerzo a los sectores de la Iglesia (Movimiento Justicia y Paz por ejemplo) para hacer viable un proyecto popular para sustituir el actual gobierno por otro democrático y revolucionario. Le esperan tiempos de discernimiento y decisión a la Iglesia de Guatemala, si es que quiere cumplir con su deber de optar preferencial y solidariamente por la causa de los pobres.

La Iglesia en El Salvador

Este análisis lo hacemos desde la perspectiva de la labor pastoral de Mons. Romero. Pero no se debe olvidar que previamente a su ministerio en la archidiócesis, la Iglesia se había ya actualizado bajo el liderazgo de Mons. Chávez. Poco a poco Medellín había ido convirtiéndose en realidad, especialmente en lo que se refiere a la denuncia profética, la defensa de los derechos humanos y la búsqueda de nuevas formas de pastoral, como la que impulsó el Padre Rutilio Grande entre los campesinos de Aguilares.

Predicando la buena nueva a los pobres, Mons. Romero logró una revitalización de la Iglesia y una unidad sin precedentes entre los trabajadores pastorales: sacerdotes, religiosas, delegados de la palabra, catequistas, etc. Bajo su liderazgo, la Iglesia entera ganó influencia y credibilidad en la sociedad. Los logros más importantes serían los siguientes, que sólo describiremos brevemente:

(1) El núcleo de la fe cristiana, el seguimiento de Jesús, la fe en Dios como Dios de vida y justicia, como el --Dios de los pobres, ha sido revalorizado en grado sorprendente. Ser cristiano, creyente, ya no es cuestión de moda, o de simple tradición heredada. Ser cristiano se ha convertido en algo real, verificable, que vale la pena, y al mismo tiempo peligroso.

(2) La Iglesia se ha convertido en la abogada de los pobres y de los atribulados; ha mediado en casos innumerables. Su opción por los realmente pobres ha quedado bien clara..

(3) La Iglesia ha evangelizado a todos los hombres conforme a sus diferentes situaciones: dando esperanza a los pobres, revitalizando la religiosidad popular, acompañando, a aquellos cristianos más comprometidos políticamente, llamando a la conversión a los detentores del poder, que oprimen a los pobres. La Iglesia ha denunciado con libertad, -fortaleza, y persistencia los pecados sociales del país, ha

recalcado constantemente la necesidad de nuevas estructuras sociales y políticas.

(4) La Iglesia ha desarrollado un nuevo magisterio tratando todos los problemas nuevos que exigían respuesta, tales como la seguridad nacional, el capitalismo en su forma concreta, las organizaciones populares, la violencia y la guerra. De este modo la Iglesia ha orientado positivamente a los creyentes en situaciones muy complejas y delicadas. Estas orientaciones han sido sacadas del Evangelio, la doctrina de la Iglesia, la historia en la que la fe ve la presencia viva del Espíritu.

(5) La Iglesia se ha alineado definitivamente con el pueblo. Se ha hecho obvio que el interlocutor natural para el diálogo de la Iglesia ya no es el gobierno o los poderosos, sino los pobres. Las relaciones entre la Iglesia y el gobierno serán de acuerdo a como sean las relaciones entre pueblo y gobierno.

La inmensa mayoría de los sacerdotes, y aún más de las monjas, los medios de comunicación social, tales como la emisora de radio Y.S.A.X., el semanario Orientación, así como instituciones de inspiración cristiana, tales como muchos colegios de Secundaria, Socorro Jurídico, Comisión de Derechos Humanos y la Universidad Centramericana José Simeón Cañas, han seguido las direcciones de Mons. Romero y así han multiplicado su liderazgo cristiano y su influencia social. Por otra parte la mayoría de los otros Obispos del país y el Nuncio no cooperaron con Mons. Romero y frecuentemente, lo contradijeron y atacaron incluso públicamente. La división dentro de la Iglesia es un hecho, por muy escandaloso que sea.

Bajo el liderazgo de Mons. Romero la Iglesia tomó una posición social consecuente con la opción preferencial por los pobres.

Ciertamente que ha rechazado el proyecto político de la oligarquía, al cual Mons. Romero definió simplemente como "pecado". Mantuvo ciertas esperanzas durante la primera Junta y su intento por llevar a cabo reformas radicales. Pero du

rante 1980 con el comienzo de la segunda Junta apareció claro que de hecho semejante proyecto reformista no era viable porque la represión había aumentado tanto en cantidad como en crueldad, y las reformas prometidas no se habían materializado hasta el momento.

En tal situación Mons. Romero puso su esperanza en lo que él llamó un proyecto popular, respaldado por las organizaciones populares y la mayoría de los partidos políticos y sindicatos obreros e instituciones tales como Comisión de los Derechos Humanos, Socorro Jurídico y ambas Universidades. Mons. Romero nunca idealizó los movimientos populares. Acostumbro criticarlos por los elementos de sectarismo, dogmatismo y, a veces, falta de respeto a algunos valores culturales y religiosos del pueblo. Pero teniendo en cuenta sus fallas y limitaciones, los defendió tomando en cuenta su derecho a organizarse, defendió todas sus justas luchas, y finalmente se hizo consciente de que ninguna solución justa y perdurable podía alcanzarse para el país si estas organizaciones y democráticas no obtenían un papel sustancial en la dirección política del país.

Esta es la razón por la denunció la creciente participación activa de los Estados Unidos, particularmente a través del envío de armas, y por lo que pidió a los miembros del Partido Demócrata Cristiano reconsiderar su posición en el presente gobierno, que se llama a sí mismo antioligárquico, pero al que Mons. Romero vio como verdaderamente antipopular.

Aunque Mons. Romero no se involucró directamente en política, a través de su acción pastoral, de su predicación semanal, mostró claramente dónde pensaba él que estaban las mayores posibilidades para una sociedad más concordante, o menos distante del Reino de Dios. No como político, pero sí como Pastor, mostró una clara opción por todo lo que fuera mejor para su pueblo. No colocó a la Iglesia en un "centro" imaginario, igual y simétricamente distante tanto de la izquierda como de la derecha. Situó a la Iglesia donde él veía más verdad, más justicia, más posibilidades de paz duradera.

Si tal ha sido la opción de la Iglesia salvadoreña, el precio que por ello ha tenido que pagar ha sido ser perseguida juntamente con el pueblo oprimido y reprimido. Los principales hechos de esta persecución son bien conocidos. En 3 años seis sacerdotes han sido asesinados, muchos otros amenazados de muerte, capturados, torturados o expulsados del país. Iglesias, conventos, colegios católicos, librerías católicas, la Y.S.A.X., Orientación, U.C.A. y muchas otras instituciones han sufrido ataques tanto de palabra como de hechos, en campañas difamatorias de prensa y con bombas y balas.

Si eso ha sucedido con elementos prominentes y representativos de la Iglesia, no es difícil imaginarse lo que ha sucedido con miles de simples cristianos campesinos, trabajadores, etc. A menudo han sido masacrados, obviamente y con mayor crueldad, simplemente por tener la Biblia o un retrato del Padre Grande, o cuando han participado en manifestaciones exigiendo mayor justicia. Si algo es cierto de la Iglesia del Salvador, es que es una Iglesia mártir. El asesinato de Mons. Romero es el ejemplo más trágico de la realidad de la Iglesia mártir. Al mismo tiempo por medio de la persecución y del martirio, la Iglesia ha aprendido realmente lo que está en juego en la opción preferencial por los pobres, en el seguimiento de Jesús, y en la fe en Dios.

La actual situación del país y de su Iglesia, se hace cada día más seria y delicada. Desde el 1o de Enero más de 2,000 personas han sido muertas por la represión. Actualmente el número es de más de 200 muertos cada semana. Según la mayoría de los observadores una lucha armada parece inevitable. Al mismo tiempo la muerte de Mons. Romero es una gran pérdida para la Iglesia. Ciertamente muchos cristianos, especialmente entre los campesinos, las monjas que trabajan con ellos, algunas órdenes religiosas y algunos sacerdotes diocesanos, tratan de mantener viva la herencia de Mons. Romero. Pero sería ingenuo ignorar los signos de tiempos difíciles para la Iglesia, la disminución de liderazgo y orientación por parte de la jerarquía y la división entre los sacerdotes. Si es comprensible que la muerte de Mons. Romero haga muy difícil mantener la claridad de su denuncia y la firmeza de la opción por el proyecto popular, existe sin embargo el temor

de que la Iglesia pueda quedar por debajo de su histórica -
responsabilidad hacia el pueblo y trate de ubicarse dentro
de un nuevo "centro".

Puede temerse que mantener la unidad entre los Obispos sea
más importante que la opción por los pobres; que la paz para
la Iglesia sea más importante que su encarnación en la realidad
presente, que verdaderamente es muy conflictiva. En todo
caso la Iglesia tendrá que afrontar, como lo hicieron los
Obispos de Nicaragua, el hecho de pronunciar una palabra cristiana
acerca del conflicto.

Quizás sea demasiado pronto para emitir un juicio sobre la -
Iglesia. Existe sin embargo la esperanza de que la memoria
de Mons. Romero y tanta sangre generosa que ha sido derramada,
sostenga la fe de los cristianos, aune los esfuerzos de
los sacerdotes y monjas, y mueva a la Iglesia a pronunciar -
una palabra clara de orientación para humanizar lo que parece
va a ser una lucha armada inevitable, y más tarde ayude a
edificar una nueva sociedad.

La Iglesia en Nicaragua

En Nicaragua han existido Comunidades de Base, ese rasgo típico
de la nueva Iglesia latinoamericana. Sin embargo, esas
comunidades no han sido la única fuente de una fe que se
hace operativa hacia la justicia a través del compromiso social
y político. Una de estas comunidades, un tanto atípica
en la escena latinoamericana, pues sus miembros eran más -
bien de extracción pequeño burguesa y burguesa, jugó un papel
extraordinario en el proceso revolucionario llegando a
convertirse en un movimiento cristiano revolucionario de jóvenes,
del cual surgieron muchos líderes de la Revolución. -
Uno de ellos, una mujer comandante, no encontró recientemente
una palabra mejor para describir lo que le sucedió cuando
decidió unirse a las guerrillas que decir simplemente: "Fué -
un momento de gracia".

Quizás esa clase de experiencia no fué tan excepcional en
Nicaragua. El pueblo de Nicaragua es uno de los más religioso

tos del continente latinoamericano. Toda clase de movimiento religioso originado dentro de la Iglesia católica ha echado raíces en el suelo nicaragüense. Hay gente enrolada en los Cursillos; otros han fortalecido su fe por medio del movimiento Carismático, y se dan también quienes han entrado en comunidades Neocatecumenales.

Sin embargo, estos movimientos, conocidos en otras partes - por su teología y espiritualidad más bien tradicionales, y por rehuir generalmente el compromiso político, han sido penetrados en Nicaragua por la fuerza de la transformación cristiana proveniente de Medellín. Otra característica importante de estos movimientos en Nicaragua consiste en no haber quedado confinados a las clases alta y media; más bien han florecido también entre sectores significativos de los pobres. Quizás éste salirse de la regla general ha borrado esta tendencia conservadora de su teología y espiritualidad. El movimiento de Delegados de la Palabra entre la población campesina ha sido también relevante en algunas regiones de Nicaragua. Finalmente, la escasamente poblada Costa Atlántica puede enorgullecerse de una admirable red de comunidades de base logradas por el trabajo de los padres capuchinos norteamericanos.

Habría que mencionar todo ésto para comprender el rasgo más importante de la vida de la Iglesia contemporánea de Nicaragua. Me refiero a la masiva participación de laicos cristianos por la lucha de liberación. Siendo como lo fue una genuina guerra de liberación, pocos cristianos encontraron sus fuertes raíces religiosas y su fe inconsistentes con la activa participación en esta lucha tan compleja.

Teniendo en cuenta que las condiciones de opresión y explotación comunes a casi todos los países de América Latina - fueron algo más suaves en Nicaragua debido a la debilidad de una burguesía comparativamente menos desarrollada, sin embargo mucha de la generosidad y relativa compasión mostrada hacia los derrotados seguidores de Somoza podría justamente atribuirse a la fuerza de los sentimientos cristianos entre muchos de los revolucionarios sandinistas.

Sacerdotes de parroquia, religiosos y religiosas, especial-

mente aquellos empeñados en trabajo pastoral entre los habitantes de los barrios marginados y las áreas rurales, tomaron partido por los sandinistas revolucionarios y fueron tan activos como cualquier otro, escondiendo gente perseguida por la Guardia Nacional, desarrollando difíciles misiones de correo, transportando miembros del ejército de liberación amenazados en sus propios carros, y sobre todo haciendo inequívoco para los laicos cómo el Evangelio debía hacerse carne en el conflicto histórico que estaban experimentando. Uno de esos sacerdotes se convirtió en comandante guerrillero y fué muerto en batalla. Hoy dos sacerdotes son miembros del Gabinete del Gobierno de la Junta, y otros siete más o menos trabajan en otras posiciones menos relevantes.

Después de un obsequioso silencio acerca de la dictadura de Somoza que duró más de 30 años, los Obispos durante la década de los 70 unieron sus fuerzas tras una actitud crecientemente crítica contra la dictadura, hasta que en sus mensajes pastorales conjuntos de las celebraciones del Nuevo Año de 1977 alcanzaron el punto de no retorno denunciando fuertemente como ilegítima la dictadura. El 3 de Junio de 1979 los Obispos de Nicaragua se convierten en la primera Conferencia Nacional de Obispos Católicos que hayan jamás declarado como legítima una insurrección revolucionaria con inclinaciones izquierdistas.

Los Obispos Católicos de Nicaragua han publicado varios documentos sobre el proceso revolucionario después del triunfo sandinista. Sólo trece días después de la victoria publicaban un mensaje que reflejaba, claramente su insatisfacción con el posible curso de la revolución.

Sin embargo, el 17 de Noviembre publicaron una pastoral verdaderamente significativa que suponía un avance respecto del documento de Puebla en el capítulo sobre evangelización, política e ideología. Los Obispos apoyaban inequívocamente la tendencia principal del proceso revolucionario; no pusieron tanto el acento en la democracia formal sino que apelaron más bien a la creación de un sistema con verdadera participación popular; aceptaban, incluso mostraban, la coherencia cristia-

na de un camino hacia el socialismo no sectario, no totalitario, y reconocían el papel constructivo de la dinámica estructural de la lucha de clases, contrapuesta al odio contra las personas, que naturalmente ellos rechazaban.

Sin embargo hace justamente un mes los Obispos han hecho público su sentimiento de que el período de emergencia del proceso revolucionario ha terminado, y que es su opinión - que de ahora en adelante los laicos podrían realizar con la misma competencia los papeles políticos que algunos sacerdotes están ejerciendo. En una hora de peligro para la Revolución, cuando la masiva y admirable campaña de alfabetización está siendo atacada incluso a través de algunos asesinatos, cuando la resistencia contra las reformas no tan radicales de la Junta de Gobierno crece constantemente, cuando la escena geopolítica está llena de oscuras posibilidades, definir la situación de Nicaragua como libre ya del estado de emergencia se podría considerar al menos como un punto discutible.

El proceso revolucionario, inevitablemente una especie de cataclismo social como lo es toda revolución, no podía menos, de tener una consecuencia divisiva para las familias, las poblaciones, las regiones, incluso la Iglesia. Nadie debería maravillarse de este hecho cuando tantas cosas están en juego. Actualmente lo que está en juego es la posibilidad abierta de una Revolución Socialista desarrollándose de manera distinta a los trillados modelos que la historia nos proporciona. Esto podría realizarse a través de la conservación del humanismo que la Revolución ha demostrado hasta ahora, a través de la obtención de óptimos grados de participación del pueblo organizado en los procesos de decisión, y a través de una constante presencia de inspiración cristiana en el corazón del proceso revolucionario.

Deseo subrayar este último punto. En la actual Nicaragua revolucionaria no solamente existe tolerancia de religión, y libertad de educación religiosa y celebración de la fe.

Se da también un creciente aprecio entre los líderes revolucionarios del influjo positivo de la fe cristiana hecha carne en la historia para promover honestidad, austeridad, generosidad, un sentido de trascendencia que prepara para los necesarios sacrificios, y modera el uso del poder.

No tenemos ningún derecho a ser ingenuos. La justicia como un sacramento del amor está ahora dividiendo la Iglesia de Nicaragua. Por otro lado las inevitables fallas y errores, cometidos en el transcurso del proceso revolucionario, tienden a reducir los heroicos comienzos revolucionarios a su real proporción. En mi opinión la misión de la Iglesia que especialmente a través del sentido común de sus laicos, se encuentra con el reto de participar en la difícil pero necesaria lucha revolucionaria, consiste ahora en desarrollar una respuesta más profundamente cristiana a los desafíos de crear una nueva sociedad y un nuevo hombre y en evitar toda clase de cheque en blanco al poder revolucionario.

Ni abstractas proclamas de los deberes cristianos, ni nueva distancia guardada frente al proceso realizarán la tarea. Una esperanza conflictiva, hecha operativa a través del compromiso y, cuando sea necesario, a través de la advertencia crítica, podría ser el gran desafío de esta hora.

La exigencia de igualdad

He tratado de darles una rápida visión de la Iglesia que vive por medio del Espíritu entre las esperanzas de los pobres de América Latina después de Puebla. No he podido tratar de todas las Iglesias de estos países, ni agotar todos, los aspectos de la vida de la Iglesia en aquellos que he seleccionado. Ni les pido que mi punto de vista sea recibido como exento de determinadas opciones, que creo son obvias para ustedes, y que son coherentes con las exigencias de nuestra fe en Jesucristo, pero que no enfatizan otras facetas del rico rostro de nuestras Iglesias.

He venido a este encuentro del "Catholic Institute for In-

ternational Relations", porque conozco todos los esfuerzos que ustedes han hecho para despertar a los católicos británicos y al público en general a las dificultades y retos de nuestras Iglesias.

He venido con gratitud por el excelente trabajo de solidaridad que han llevado ustedes a cabo, y quiero desarrollar este punto más tarde.

He venido aquí también, porque siento que ustedes han estado muy abiertos a la riqueza de vida suscitada por el Espíritu en la Iglesia de América Central. Yo sé que ustedes, como verdaderos católicos, desean participar de esta riqueza y aceptan también ser retados por esta vida. Por supuesto, que pido la infatigable solidaridad de ustedes. San Pablo nos proporciona el modelo de esta actitud cristiana cuando escribe a los Corintios y les pide ser generosos para con sus compañeros cristianos de Jerusalén. "Por exigencias de la igualdad, en el momento actual la abundancia de ustedes remedia la falta que ellos tienen, y que un día la abundancia de ellos remedie la falta de ustedes y así haya igualdad" (2 Cor. 8,13-14). Trabajo por la igualdad entre los pueblos, trabajo por la igualdad entre todos los hijos de Dios, éste debería ser ante todo el verdadero signo de fraternidad capaz de hacer nuestra fe en Dios y en la dignidad de los seres humanos creíble para el mundo.

La primera tarea que les pido a ustedes se refiere a la oración. Quisiera que ustedes orasen no sin dificultad; orar, en el sentido de acercarse a la misteriosa y aplastante realidad del mal, existente en el corazón de la gente, incluyéndonos a nosotros mismos, y endurecida por medio de las estructuras injustas que resisten el cambio bajo la apariencia de ser las más razonables para el género humano. Al leer los periódicos, en los fríos reportajes sobre asesinatos y desapariciones de quienes luchan por la justicia y la libertad en América Central, traten de ver su propio sufrimiento, el propio encuentro de ustedes con el mal causado y ratificado por los poderes del mundo. Quiero decir también una oración semejante a la oración de Jesús en agonía, luchando contra las fuerzas de la muerte, participando en la tristeza del aplastamiento de la vida, y suplicando a Dios Padre,

que continúe dándonos la fortaleza necesaria para resistir el mal y luchar en fe por la justicia. Traten también de - compartir en oración esa esperanza conflictiva del pueblo - de Nicaragua que es signo imperecedero de los pobres de todos los tiempos.

Debo expresarles a ustedes nuestra gratitud, puesto que pertenecen a una Iglesia que ejerció su influencia para que el gobierno Británico cancelase el contrato de compra de armas realizado con la Gran Bretaña hace 2 años por el opresivo e ilegítimo gobierno de El Salvador. Debo también manifestar nuestra gratitud por la misión del parlamento británico que ustedes ayudaron a enviar a El Salvador para realizar una - investigación imparcial sobre el estado de los Derechos Humanos en ese país. Debo dar gracias por la llamada de los Obispos de Inglaterra y Gales que han pedido recientemente, un embargo mundial sobre las armas que pudieran ser destinadas al presente gobierno salvadoreño.

En esta misma línea quisiera yo proponerles a ustedes una - nueva y muy relevante tarea. Manténganse atentos a todo el desarrollo de los acontecimientos en El Salvador en estos - días. El Salvador está luchando en una etapa crucial. El difunto Mons. Romero vio muy claramente que el proyecto popular, el proyecto patrocinado por el Frente Democrático Revolucionario, era el único con posibilidades para asegurar el bienestar del país. Podría haber una guerra civil en El Salvador, pudiera haber una insurrección popular, puesto - que todos los caminos para una solución política pacífica - parecen estar bloqueados. En la actual coyuntura mundial - la posibilidad de una intervención extranjera en los asuntos internos de El Salvador no puede ser descartada. Si tal cosa ocurriese todos aquellos que se preocupan por la causa de los pobres deberían clamar contra ello. Nosotros confiamos y esperamos que la voz de ustedes se oirá entre aquellos que claman en favor del derecho de la autodeterminación de los pueblos.

En lo que concierne a Nicaragua les pido a ustedes no dejarse engañar por la campaña mundial que ha sido lanzada para desacreditar el presente proceso revolucionario. Es difícil mantenerse unido de corazón con un pueblo que lucha con

tra la dictadura a miles de kilómetros de distancia del propio país. Es todavía más difícil apoyar a los que luchan por la libertad y la justicia cuando están embarcados en la dura empresa de construir un sistema social y político que necesariamente debe de algún modo ser ajeno al sistema en el que ustedes viven.

He dejado para el final mi propio país, Guatemala. Crucificado durante décadas por el poder y la ambición, mi país ha surgido de nuevo de las raíces de muerte sembradas por pequeñas minorías privilegiadas que se atrincheran tras la crueldad y el odio contra la multitud del pueblo empobrecido y oprimido. La salvaje crueldad de la represión ha quedado grabada en la masacre de Panzós, donde hace 2 años más de un centenar de indígenas, mujeres, hombres y niños, que reclamaban su propia tierra, fueron inmisericordemente ametrallados por el ejército; y también, la de la Embajada Española donde, hace 5 meses, más de 20 campesinos fueron quemados vivos, porque reclamaban un fin a la presencia represiva del ejército en su propia región. Al mismo tiempo hemos sido testigos del asesinato sistemático de todo líder político relevante para una solución democrática al anhelo de los guatemaltecos. Es tremendamente difícil que la tragedia de Guatemala sea noticia; puesto que comenzó hace casi 20 años, no es ninguna novedad. Mantener este drama ante los ojos del mundo, conservar viva la memoria de más de 20,000 guatemaltecos asesinados, permanecer atentos a los proyectos políticos que están comenzando a emerger entre amplios sectores del pueblo comprometido en Guatemala, ésta, pienso yo-, debería también ser una tarea permanente para la solidaridad cristiana en Gran Bretaña. Precisamente el mes pasado se tuvo en Costa Rica una conferencia de solidaridad con las fuerzas guatemaltecas por el cambio, bajo auspicios de la Fundación Social Demócrata Friedie Heber. Vale la pena apoyar toda empresa de este género.

No pocos nos acusan en Centro América y en otras partes del mundo de estar excesivamente preocupados por los asuntos temporales, cuando nuestra preocupación debería ser por la Ciudad Eterna que esperamos en el Cielo y por la preparación espiritual para lograrla. Como parte que soy de la Igle-

sia en América Central debo decirles a ustedes que debemos mantenernos firmes contra estas acusaciones. Ciertamente que hemos entrado en un territorio desconocido. Hemos dejado atrás la tranquilidad y el descanso. La gracia de Dios, el Espíritu que sopla en la historia induciéndonos hacia nuevas aventuras cristianas, nos ha desinstalado. Como Abraham tenemos que dejar casa, país y seguridad por causa de la Tierra Prometida, confiando únicamente en el Señor de la historia y compartiendo la esperanza de los desposeídos de esta tierra que, de acuerdo a la paradoja cristiana, la heredarán, y con ello la bendición de Dios para todo el pueblo.

Somos conscientes de que esta opción de la Iglesia significa un nuevo camino, una nueva forma de ser Iglesia, no exenta por tanto de riesgos, limitaciones y fallos. Sin embargo creemos que esta opción nos ha hecho a nosotros y a la Iglesia, más auténticamente fieles a la esencia del Evangelio. Fe, esperanza y amor no son ya palabras vagas, distantes y vacías, sino el corazón de la existencia y la praxis cristianas.

En medio de la muerte, la fe en Dios, nuestro Padre, se ha hecho real como fe en un Dios que es el misterio último de la existencia y de la historia, y que nos llama y nos mueve a hacer la historia de nuestros países sufrientes, una historia más humana. Las innumerables cruces de los hombres y mujeres latinoamericanos nos dicen la verdad acerca de un Dios crucificado, un Padre providente, pero sobre todo solidario con la profundidad del sufrimiento humano.

En medio de tantos movimientos de liberación nuestra esperanza se ha hecho más cristiana. Se trata de la esperanza real de un mundo mejor y la esperanza de un reino último - que nos será dado en la hora de las últimas gracias de Dios. Pero también se ha hecho esperanza cristiana porque es esperanza contra esperanza; esperanza a pesar de y a través de la tentación de desesperanza, que la especulación netamente humana vería con frecuencia como una actitud más razonable. Es la esperanza en la Resurrección a través de la Cruz.

En medio de los pobres, nuestro amor se ha hecho más semejante, más eficaz en la solidaridad con las causas justas y las luchas de liberación. Y se ha hecho más verdadero y definitivamente más cristiano, puesto que el amor ha exigido de nosotros toda la hondura de sus exigencias, la prontitud para dar la propia vida por la vida de los demás. Y nadie tiene un mayor amor que el que dá la vida por los otros. Una Iglesia mártir es verdaderamente la única verdadera Iglesia.

Creemos que la Iglesia de Centroamérica o, ciertamente, muchos de sus miembros, han recibido la gracia de una fe auténtica en Dios y en su Cristo, Jesús. Creemos que el Espíritu está activo en esta Iglesia. Y esperamos y oramos para que esta fe, que llevamos en frágiles vasos de barro, se mantenga viva y efectiva para el bien de los pobres y el honor de Dios.

